

ni las columnas delgadas,
novias desesperanzadas
que de todo tienen celos;
ni los cantores desvelos
de la campana mayor,
que para eso
está aquí el Patio del Yeso,
tan recatado, tan preso
sobre su mismo primor,
como si fuera, sólo eso,
el camarín del amor...

Ven ¡ay amor!, que es preciso
darle la joya al joyero:

colocar en semillero
el árbol del paraíso;
tener en el camarín
la llama siempre prendida
y verter el óleo, sin
testigos y sin medida...

Luna en el Patio del Yeso,
¡ay, amor!,
qué bien me sabrá tu beso
aquí, en el Patio del Yeso
cuajado de resplandor!

Eva Cervantes.

Madrigal

Cuando en soledad estás
y te miras al espejo,
¿qué te dice su reflejo
que no sepas por demás?...

En vano ocultando vas
tu sencillez candorosa,
pues lo mismo que una rosa
que es hermosa sin querer,
te basta con ser mujer
para ser, como ella, hermosa...

Manuel González Hoyos.

Santander, mayo de 1948